

La Copa del Mundo Argentina 1978 Construcciones, economías de juego y celebraciones

Diego Roldán*

“Me interesaba que el pasado no fuera una cosa fija, ya construida, ya hecha. Me interesaba que el pasado pareciera estar haciéndose a medida que se lo recordaba, que se lo reconstruía, que se lo contaba. El pasado realmente no existe como tal. No hay una experiencia intacta, pura, original que uno pueda decir: eso es el pasado. Esa experiencia que uno llama el pasado está todo el tiempo siendo reescrita, reelaborada, repensada (...) hay algo de la situación presente que seguramente explica el modo en que el historiador lee una época.”

Alan Pauls

Introducción

El desarrollo de la undécima edición del Campeonato Mundial de Fútbol estuvo rodeado por circunstancias peculiares. El golpe militar del 24 de marzo de 1976, bajo el mando de la junta conformada por Videla, Massera y Agosti, destituyó al gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón. Dos años antes del torneo, las garantías constitucionales quedaron suspendidas y el plan de la dictadura marcó los acontecimientos. A partir de la intención del gobierno militar de difundir una imagen favorable de su proyecto de “Reorganización Nacional”, la XI Copa del Mundo adquirió importantes connotaciones políticas, nacionalistas y propagandísticas. Esas condiciones de producción inusuales permiten inscribir la competencia en una serie de eventos deportivos desarrollados en contextos de excepción: el Mundial de Fútbol de Italia 1934, disputado bajo los auspicios del fascismo; los Juegos Olímpicos de Berlín 1936, organizados por el nacionalsocialismo y los celebrados en Moscú durante 1980, en plena Guerra Fría.¹ La secuencia describe un conjunto de competencias deportivas que involucraron identidades nacionales, regímenes autoritarios y efectos internacionales (Tomilson y Yung, 2006).

* Doctor en Humanidades y Artes. Director del Centro de Estudios Culturales Urbanos. Investigador Adjunto del CONICET. Profesor de Espacio y Sociedad en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. e-mail: diegrol@hotmail.com

¹ En este sentido, debe indicarse que las homologías políticas entre las Olimpiadas de Berlín 1936 y el Campeonato Mundial de Fútbol de Argentina 1978 formaron parte de las estrategias de los exiliados argentinos en distintos países europeos (Francia, Alemania y Holanda). Utilizando motivos políticos de rápida decodificación para la historia político-deportiva europea, estos grupos intentaban llamar la atención de los organismos internacionales sobre las violaciones a los derechos humanos perpetradas por la dictadura argentina (Franco, 2008 y Sobocinski Marczal, 2018).

Alrededor del Mundial Argentina '78, se establecieron tres grandes líneas de argumentales. La primera se relaciona con el ejercicio del periodismo y sus resultados se caracterizan por la disparidad, tanto en el campo del aporte documental como de la producción de interpretaciones. Estas últimas relacionadas antes con el juicio y la polémica que con la crítica sociocultural (Butler, 2008). Dos ejemplos de esa diversidad son los libros *El Terror y la Gloria* de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano (1998) y *La Vergüenza de Todos* de Pablo Llonto (2005). En este corpus, conviene incluir, también, algunos registros audiovisuales, como el documental *Mundial de Fútbol Argentina 1978*, lanzado por Cuatro Cabezas en 2003 y *Mundial 78. La historia paralela* dirigido por Christian Remoldi el mismo año.

La segunda corriente de producción hermenéutica está delimitada por la práctica literaria. Algunas de estas obras contienen intuiciones históricas y políticas valiosas, aunque sus problematizaciones han pasado casi desapercibidas para las ciencias sociales. Puntualmente, nos referimos a la tan breve como extraordinaria *Dos Veces Junio* de Martín Kohan (2002) y la quizá más clásica *Hay unos tipos abajo* de Antonio Dal Masetto (1998).² En la novela de Dal Masetto, el Mundial '78 es una presencia incesante, una escenografía que avanza sobre la acción de los personajes hasta devorarla. Una atmósfera de vigilancia asfixiante induce al protagonista a una subjetivación paranoide de la potencial persecución y la inminente amenaza de represión. *Dos Veces Junio* establece un sugerente enlace narrativo, político y sociológico, en un sentido elisiano (Elias y Dunning, 1992), entre el triunfo de la selección argentina en el Mundial y la derrota del ejército argentino en la guerra de Malvinas de 1982. En sus páginas, el Mundial aflora en un instante de crisis y desestabilización: la derrota de Argentina ante Italia en el estadio Monumental de River Plate, en Buenos Aires, al culminar la primera fase. Kohan bucea en la experiencia de quienes ejecutaron la represión, sujetos para los que la perversión forma parte del horizonte de lo normal. Se trata de un texto que recupera el punto de vista de los que lubricaron la maquinaria de tortura y cuyo involucramiento, aparentemente banal en un sentido arendtiano (Arendt, 1999), resultó indispensable para el dispositivo represor. Ambas obras narran el orden dictatorial, la producción de la persecución, la tortura, la muerte, la censura y el silencio. Durante los partidos, el ambiente estático y opresivo es

² Cabe señalar que *Hay unos tipos abajo* es fruto del guión de una película homónima dirigida por Rafael Filipelli, Emilio Alfaro, Andres Di Tella y Julio Karp, guionada por Alfaro, Filipelli y Antonio Dal Masetto y estrenada en 1985.

invadido por el murmullo casi agobiante de las radios y los televisores que irradiaban la epopeya deportivo-política del seleccionado nacional.

La última secuencia interpretativa, compuesta por piezas breves, pertenece a los abordajes de las ciencias sociales. Por razones de extensión solo mencionaré algunas contribuciones: los aportes de la sociología de la cultura (Alabarces, 2002 y 2014), la antropología del deporte (Archetti, 2006) y la historiografía del fútbol (Ferrero y Sazbón, 2007). Estos estudios se concentran en la orquestación del campeonato, la propaganda del evento y el régimen político. También, se ocupan de las modificaciones en las relaciones entre modernización y estilo nacional. Finalmente, problematizan el montaje en el que aparecen los festejos deportivos populares y los ensayos de apropiación por parte del régimen dictatorial de esa euforia masiva.³ En esta línea hermenéutica, resulta llamativo que el Mundial '78 no haya propiciado una obra de más largo aliento. La excepción es, sin dudas, la tesis doctoral del brasileño Sobocinski Marczal (2016) que se embarca en la reconstrucción de los discursos hegemónicos y contrahegemónicos de la prensa durante el evento.

El Mundial '78 tiene un sitio asegurado en dos tipos de publicaciones. Unas dedicadas a alguna problemática referida a la última dictadura cívico-militar –tan numerosas e interesantes en los últimos años que prefiero no puntualizarlas– y otras ocupadas en indagar el problema del fútbol y/o el deporte. Dentro de la narración que las ciencias sociales hacen alternativamente de la historia del fútbol y de la última dictadura, el Mundial aparece como un escenario menor y/o un hecho secundario. Sin embargo, quizá junto a la Guerra de Malvinas, represente uno de los capítulos más espectaculares de las estrategias de fabricación de un consenso autoritario y masivo por parte de la dictadura. Tal vez este desplazamiento entre la relevancia de la experiencia histórica y cierta anemia interpretativa radique en que el Mundial '78 constituye una pieza de abordaje incómodo para las ciencias sociales, dado que propone un enlace significativo entre política, autoritarismo, identidad nacional, deporte y cultura popular. En última instancia, se trataría de un hecho excepcional y, por lo tanto, un poco anecdótico tanto en la historia de la construcción del consenso sociocultural de la dictadura como de la espectacularización del fútbol argentino. Posiblemente, esa excepcionalidad y ese estado de excepción que circundan al Mundial '78 contribuyan a su

³ Es también notable la escasa presencia de estudios rigurosos sobre la recepción y las audiencias. La mayor parte de los trabajos, incluido el aquí presentado, tiende a enfatizar la cuestión de los mensajes sin atender a su decodificación o su consumo activo. Sazbón y Uliana (2010) establecen la pieza inicial para ese debate.

(re)problematización. El Mundial '78 configura una maquinaria significativa y una constelación de relaciones de poder que pone en juego problemas habitualmente alejados: razones gubernamentales de orden social y de orden deportivo, autoritarismo y cultura popular, deporte y política nacional. Si bien la dictadura produjo una ficción de Estado alrededor del Mundial '78, el acontecimiento, también, engendró efectos perennes en el campo político nacional y futbolístico y en la producción de infraestructuras deportivas y comunicacionales.

En este artículo, despliego tres focos analíticos. El primero aborda la configuración de las condiciones de posibilidad: la construcción de infraestructuras urbanas y comunicacionales que permitieron la producción y difusión del campeonato. El segundo está dedicado a los núcleos de convergencia desplegados entre las tecnologías de la gubernamentalidad militar sobre el ámbito socioeconómico y del gobierno psicofísico sobre el seleccionado de fútbol. El tercero se ocupa del desarrollo paradójico de unos movimientos y unas corporalidades contenidas y reguladas durante la ceremonia inaugural y unos cuerpos-movimientos apenas encausados en los festejos callejeros luego de la final.

Ambiente: estadios, ciudades y comunicaciones

El Mundial 1978 se preparó por largo tiempo, desde la designación de la Argentina como sede (1966) hasta el partido final contra Holanda (25/06/1978). Ese proceso tuvo algunas palabras clave: modernización, infraestructura y comunicaciones. En esos campos, se desplegó una acción gubernamental gestualmente emparentada con el desarrollismo. La dictadura buscaba mostrarse como continuadora de ese modelo económico. Los atributos de la modernización tecnocrática la convertían en la gran impulsora y orientadora de un desarrollo que se combinaba con una política circunscripta a la administración y fortalecida por el puño autoritario. La participación popular en la toma de decisiones sobre estos asuntos fue desactivada. Las masas solo fueron convidadas a integrarse tardíamente a los rituales que se escenificaron en coliseos terminados. Sin embargo, y como se observa en el último apartado, esas agencias masivas reconfiguraron parcialmente el tablero de juego. Los festejos callejeros recompusieron, aun circunstancialmente, lo que podía hacerse y decirse en el marco de lo que la dictadura había organizado.

En ese mundo de la modernización –destrucción, creación y sustitución– de infraestructuras, despuntaron los expertos contratados a término, las asesorías

empresariales, la terciarización de las prestaciones y las figuras emblemáticas de la “patria contratista”⁴: Benito Roggio, Franco Macri, Ignacio Polledo y César Petersen. La tecnología de gobierno para enlazar ese evento deportivo al proyecto de la dictadura fue el Ente Autárquico Mundial ‘78 (EAM 78). Ese dispositivo institucional mostraba la nueva silueta empresarial de un Estado que iniciaba su derrotero en la apropiación y redistribución discrecional de los recursos públicos. Así, se desplegó un volumen importante de obras. Preocupado por lo que la dictadura llamaba campañas de difamación extranjera (Franco, 2008), uno de los objetivos primordiales del EAM 78 fue difundir una imagen positiva de la Argentina en el exterior.

En el marco del evento deportivo, se desarrolló un volumen importante de obras. En tres subsedes del interior (Córdoba, Mar del Plata y Mendoza), se construyeron estadios nuevos. Con frecuencia, arquitectos e ingenieros debieron afrontar problemas relacionados con el entorno. En el caso de Mar del Plata, la situación generada por los fuertes vientos implicó el reforzamiento de las estructuras de soporte para techos y columnas de iluminación. En Mendoza, se practicó un socavado del terreno para colocar el estadio bajo nivel y no afectar la visión del paisaje precordillerano. Asimismo, se procedió a adaptar para competencias internacionales a los estadios de River Plate, Vélez Sarsfield y Rosario Central. Uno de los objetivos de la distribución territorial de estas obras consistía en prestarle un carácter federal a los lugares en los que se desarrollarían las competencias, hecho que entró en sinergia con la convocatoria de jugadores. Las localizaciones bascularon sobre tres criterios: la tradición y el arraigo del fútbol en la sede y las subsedes, la preexistencia de cierta densidad de funciones urbanas y los potenciales aprovechamientos turísticos. Esta tríada estableció por defecto las subsedes de Mendoza y Mar del Plata que solo cumplían los dos últimos criterios. La falta de arraigo de la práctica futbolística de alta competencia en estas ciudades implicaría que esas construcciones terminaran convirtiéndose en “Elefantes Blancos”.⁵ Igualmente, se montaron otras infraestructuras relevantes, como los centros de prensa de las respectivas subsedes. Quizá, en este ámbito, la obra más espectacular haya sido el edificio de la planta transmisora de Televisión Argentina Mundial ‘78, en la intersección de Figueroa Alcorta y Tagle de la entonces Capital Federal. Como sostiene

4 Expresión utilizada en la Argentina para hacer referencia a un grupo de empresarios y empresas privadas que a partir de la dictadura amasaron importantes fortunas al amparo de ventajosos convenios con el Estado Nacional.

5 Término utilizado en la Argentina para referirse a obras públicas no finalizadas y abandonadas, o que tuvieron un impacto negativo en las comunidades en que fueron construidas, o cuyo uso es menor al proyectado tanto por su diseño como por su infraestructura.

Santangelo (2014), la estructura de lo que luego sería Argentina Televisor a Color (ATC) se proponía borrar una de las huellas políticas (Ballent, 2005) que había dejado el peronismo en Buenos Aires. Los cimientos del inconcluso Altar de la Patria, cuya figura central era el Descamisado, fueron dinamitados por ingenieros militares. La infraestructura para las nuevas transmisiones televisivas a color se opuso a otra presuntamente menos neutra, más politizada, con mayor carga simbólica-ritual y menor capacidad funcional. Las marcas que el peronismo había impreso en el tejido urbano de Buenos Aires debían ser extirpadas. Bajo esa premisa se procedió a sustituir el basamento del Altar de la Patria por el complejo Televisión Argentina Mundial 78. Asimismo, se emprendió una feroz campaña de erradicación de villas miserias (Blaunstein, 2006). La ciudad debía exhibir su parte más favorecida al mundo y ocultar lo que contaminara esa imagen. La zona norte de Buenos Aires fue el área más intervenida por la nueva infraestructura urbana, una vez más el sur quedó relegado. En este plano, poco importó la obscena proximidad (800 metros) del Estadio Monumental, escenario neurálgico del torneo, con la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, el corazón de la maquinaria de secuestro, tortura y exterminio.

En el resto de las subsedes, también, se produjeron intervenciones. Se procedió a mejorar la conectividad caminera, a producir, remodelar y acondicionar las terminales del transporte aéreo y terrestre, a la construcción de centros de prensa y comunicación y a la formación de espacios para alojamiento: hoteles y complejos para el entrenamiento. Este tipo de inversiones en infraestructura determinaron un notable desbalance presupuestario que contrastaba con la austeridad racionalizadora declamada por la gestión económica. Tal paradoja planteó un contrapunto entre el Ministro de Hacienda, Juan Alemann, y la cara visible del EAM '78, el almirante Carlos Alberto Lacoste. Ese enfrentamiento, por momentos bastante radical, mostró hasta qué punto la institucionalidad de la dictadura estaba fracturada y ocultaba una multiplicidad de intereses y puntos de vista. Alemann acusó a Lacoste de haber contribuido a una hipertrofia del gasto en el evento deportivo internacional. Según sus estimaciones, el campeonato había insumido, al menos, 700 millones de dólares: 400 demandó la construcción de los estadios, 200 los aeropuertos y la infraestructura vial y 100 el edificio de Argentina '78 Televisora. Frente a las requisitorias de Alemann, Lacoste contestaba que lejos de tratarse de un mero gasto, las obras del Mundial '78 eran una inversión, un plan de futuro. Las campañas publicitarias sobre el despliegue de inversiones en comunicaciones, conectividad, alojamiento y embellecimiento urbano

fueron presentadas como verdaderas obras perdurables, capaces de ser capitalizadas en una Argentina del porvenir. Poco tiempo después, fue evidente que ni la afluencia de turistas ni la venta de entradas conseguirían equilibrar los gastos de los preparativos. Entonces, solo el potencial aprovechamiento que los ciudadanos harían de la infraestructura instalada podría compensar los esfuerzos y sacrificios económicos del Mundial '78.

En el plano de la producción de estas condiciones infraestructurales, la dictadura intentó presentarse como una actualización del desarrollismo. No obstante, esa contigüidad se establecía en términos autoritarios, expulsando de la toma de decisiones cualquier tipo de participación política. Las licitaciones fueron orquestadas para favorecer a determinados contratistas y la toma de decisiones fue confiada a los criterios técnico-administrativos *neutrales* de los expertos. La imagen modernizadora de la dictadura aspiraba a la homogeneidad y la ausencia de fracturas. A pesar de las controversias alrededor del gasto y la inversión del orden de prioridades en la distribución de los recursos, la dictadura intentó proponer una modernización autoritaria y disciplinadora. Esa maquinaria de modernización refundaría las interacciones sociales y políticas. En palabras de los voceros del régimen, el proyecto de la dictadura desterraría las rémoras de una Argentina tradicional, aislada del mundo y sumida en una pre-modernidad asociada con el peronismo. Ese modernismo autoritario generaría disciplina productiva, despolitización, contratos interesados y obras públicas. A su vez, esa disciplina administrativa y la materialidad de las infraestructuras configurarían el principal combustible del plan de modernización. La dictadura exhibía sus obras y sus logros en materia de logística y organización como el fruto de un conjunto de decisiones técnicas y post-políticas (Zizek, 2008).

En referencia a la implantación de la nueva central para las transmisiones televisivas a color, completa novedad en latinoamerica, el intendente, brigadier Osvaldo Cacciatore, afirmó sin ambigüedades el rumbo racionalizador-despolitizador de la reforma y la modernización en la gestión urbana de Buenos Aires. La intención era promover un contrapunto con la etapa anterior dominada por la larga y persistente sombra del peronismo. En palabras de Cacciatore, las obras del peronismo eran las de "...una época de vergüenza y demagogia desenfrenadas (...) con afán desmedido de levantar monumentos que sólo respondían a fantasías carentes de racionalidad." (Santángelo, 2014: 142).

Gubernamentalidades⁶: economía política y futbolística

En 1978, poco antes de la celebración del campeonato, aparecía el primer número de la revista *Humor*, la más impórtate publicación de caricaturas y sátira política del período. La tapa de ese ejemplar está dominada por una ilustración firmada por Andrés Cascioli. Se trata de un ser híbrido con la fisonomía del técnico del seleccionado nacional, Cesar Luis Menotti, y las grandes orejas del ministro de economía del gobierno golpista, José Alfredo Martínez de Hoz. Menotti de Hoz, tal la designación atribuida por el humorista a esta criatura imaginaria, afirmaba: “El Mundial se hace cueste lo que cueste”. Quizá esa propuesta humorística podría ser emparentada con la polémica en torno a los lamentos por el despilfarro que formulaba Alemann y las supuestas inversiones invocadas por Lacoste. Sin embargo, otra lectura es posible, allí puede observarse uno de los ensambles de las tecnologías de gobierno social y futbolístico.

Propuesta y formulada por Martínez de Hoz y su equipo, la gubernamentalidad socioeconómica de la dictadura se fundaba en una modernización autoritaria con ascendencias neoliberales y objetivos de apertura a los mercados internacionales. Mientras, la gubernamentalidad futbolística de Menotti y su equipo técnico impulsaba una modernización disciplinaria y colectivista de un juego tradicionalmente centrado en la habilidad y el talento individuales, que según el mito establecido y difundido por Lorenzo Borocotó en *El Gráfico*, se habría forjado en los “potreros”⁷ del futbol argentino (Archetti, 2001). Ambos modos de producción de una nueva economía política en las relaciones estado-mercado-empresas y de una nueva subjetividad entre los trabajadores-profesionales-futbolistas se relacionaban con la modernización, la importación de modelos extranjeros, la conservación de valores esenciales y se autodenominaban “proceso”. Estas gubernamentalidades tenían el objetivo común de arrancar del atraso y hacer competitivas a la economía, la sociedad, las instituciones y el estilo futbolístico argentinos. Una misma racionalidad mercantil, empresarial, competitiva y despolitizadora orientaba la marcha de ambos “procesos”, uno de reorganización nacional y el otro de modernización futbolística.

El proyecto socioeconómico de la dictadura principiaba con una fuerte ofensiva contra todas las formas de politización que problematizaran el orden capitalista hegemónico.

⁶ El término gubernamentalidad, adoptado en este artículo, responde a la definición dada por Michel Foucault (2009). Para una ampliación de esta conceptualización desde una perspectiva latinoamericana, puede consultarse el estudio de Santiago Castro Gómez (2010).

⁷ Palabra con la que en la Argentina se designa a los pequeños campos de fútbol ubicados en las periferias de las ciudades y donde los jóvenes jugadores de orígenes humildes desarrollan sus primeras habilidades futbolísticas.

Basándose en las políticas represivas de la Escuela de las Américas, la dictadura diseñó un plan sistemático de secuestro, tortura, reclusión y exterminio de seres humanos, cuyas ideas y prácticas políticas se vincularan principalmente con cuatro movimientos: el peronismo de montoneros, el marxismo trotskista, las formas de organización del sindicalismo de base y el catolicismo tercermundista, en particular las expresiones relacionadas con la pastoral villera. Los sujetos más afectados por estas políticas fueron los jóvenes, sus estilos de vida quedaron constreñidos por las intervenciones y censuras a las expresiones culturales de la época (Luciani, 2017). Además, la dictadura estableció un férreo control y una estricta represión para desarticular las formas de organización obrera en las fábricas y territorial en los barrios. En este campo, el blanco principal de la represión fueron los delegados del sindicalismo clasista, los militantes de izquierdas y las organizaciones territoriales. Esta maquinaria represiva y genocida, que ocasionó la desaparición forzada seguida de muerte de treinta mil ciudadanos, creó las condiciones para la difusión del proyecto de la dictadura. El exterminio de las expresiones políticas disidentes fue la condición de posibilidad de la modernización de la infraestructura, la disolución de una parte significativa de la industria nacional, la degradación de las condiciones de trabajo, la desarticulación de las organizaciones de base, la apertura de la economía a las importaciones y el reforzamiento de una razón gubernamental que fomentaba la difusión de mecanismos de mercado y consolidaba a las instituciones empresarias. Estas fórmulas disciplinarias se combinaron con una rigurosa despolitización autoritaria y una agenda cultural de contenidos tendencialmente regresivos, apta para naturalizar la arbitrariedad del orden social, económico y político. En el plano futbolístico, Cesar Luis Menotti inició, también, un “proceso”, cuya novedad fue destacada por el propio técnico y la prensa. Menotti tomó algunas decisiones con las que intentó desmarcarse de sus predecesores. Después de su exitosa campaña con Huracán (1973), fue designado al frente de la Selección Argentina. Su figura está atravesada por componentes paradójicos y ambiguos resultantes de su continuidad a lo largo de dos períodos muy diferentes de la historia argentina: el regreso de Perón y la dictadura. Las posiciones políticas del técnico y su contribución con los objetivos de la dictadura ofrecen una tensión casi irresoluble. Esa ambivalencia recorre un arco dilatado que va desde su declarada vinculación al Partido Comunista hasta su blindaje mediático favorecido por la dictadura, pasando por su magnetismo personal, su retórica, al mismo tiempo, modernista y esencializadora y su trabajo corporal y

psicológico con los jugadores, a partir de la combinación del entrenamiento físico, el juego colectivo y la arenga épico-motivacional.

El inicio del “proceso” implicaba el final de las improvisaciones que habían caracterizado las etapas anteriores de la selección, especialmente la malograda participación de la Argentina en el Mundial de Inglaterra (1966). Por primera vez en la historia del fútbol argentino, el jugador contaba con una infraestructura y una planificación sistemática y de largo plazo. El “proceso” no se recostaba sobre individualidades marcadas. Si bien en el seleccionado había caudillos (Pasarella), jugadores habilidosos (Ardiles) y delanteros de comprobada eficacia (Kempes), los nombres no destacaban por encima del conjunto. En más de una ocasión, el técnico sostuvo que en la selección argentina no existía un jugador imprescindible. Esta divisa despuntó cuando Menotti decidió sustituir a Hugo Orlando Gatti, el arquero de Boca Junior, caracterizado por su estilo desenfadado, buen manejo del balón y juego adelantado, por el indudablemente correcto y eficaz, pero menos extravagante, Ubaldo Matildo Filliol de River Plate. Y finalmente alcanzó su clímax con la exclusión de la nómina del seleccionado al aún muy joven (17 años), pero sin dudas ya extraordinario, Diego Armando Maradona. La constante del “proceso” fue la figura y la voz conductora de Menotti, quien era caracterizado por la prensa hegemónica como un hombre con un férreo control de sus emociones, capaz de mantener la sangre fría tanto en la victoria como en la derrota.

A juicio del cuerpo técnico, para alcanzar un nivel internacional, el equipo debía entregarse a una movilidad permanente, capaz de erradicar la lentitud del fútbol argentino tradicional. Había una voluntad de introducir nuevos atributos en el fútbol nacional: movilidad funcional, defensa coherente, zonal y sistemática, achique hacia adelante, un mediocampo con toque corto, buen control y escaso traslado lateral. La consigna era no transitar con la pelota, sino tocar, rotar, relevar y crear espacios para sorprender al rival. En síntesis, crecía en el juego de la selección una nueva “filosofía futbolística”, el luego llamado menottismo, que declamaba el toque, el desmarque, la circulación, la precisión en el traslado y el destino del balón. Estos elementos modernizadores implicaban la movilización de los cuerpos de los jugadores, una ardua preparación física y una mayor concentración para el acople colectivo. A su vez, estos factores progresivos eran completados por elementos tradicionales, basados en la habilidad y el estilo criollo. El punto más alto de esta duplicidad puede observarse en el comentario del periodista Mario Marasco a Menotti, en vísperas del torneo: “Si

Argentina llegara a salir campeón es probable que haya una *revolución* en nuestro fútbol. *La habilidad será de nuevo el esquema de los equipos argentinos.*” (*El Gráfico* 16/05/1978).

Si bien era necesario entregarse a la disciplina de la modernización inscripta en la velocidad, la fuerza, el juego colectivo y el entrenamiento, también debían preservarse los atributos clásicos. No había que perder de vista los orígenes, las fuentes del buen juego argentino, la esencia del crack que brotaba en el “potrero”. El sacrificio se realizaba en pos del buen juego, de un riguroso *fair play*, cuyo único estandarte a defender eran las características de un espectáculo virtuoso, nutrido por un estilo que enamorara a los espectadores. En ese torbellino de ambigüedades y paradojas se movió el juego de la selección. Si bien no consiguió desarrollar un brillo extraordinario en los campos, las actuaciones que siguieron a la derrota contra Italia, comenzaron a entusiasmar a hinchas y periodistas deportivos. Incluso Henry Kissinger, ex canciller estadounidense y espectador interesado de la sospechada goleada de Argentina frente a Perú (6-0), llegó a subrayar: “...me agradó mucho la Argentina. Y me impresionó enormemente ese constante aliento que el pueblo argentino brindó a su equipo (...) me sorprendió el ritmo, lo que hacía que no pareciera un equipo argentino.” (*La Capital* 22/7/1978).

Menotti imprimió un nuevo funcionamiento a la selección que disminuía su dependencia de las individualidades, la habilidad de algunos jugadores dejó de ser la fuente exclusiva del juego virtuoso. El correcto estado físico, la coordinación de los movimientos, la concentración desarrollada con muchos meses de anticipación y las arengas en pos de avanzar conforme unas convicciones y un temperamento firmes resultaron elementos clave. Menotti afirmó haber culminado exitosamente el “proceso”, no tanto por haber alcanzado el primer puesto en el certamen, como por no haberse alejado nunca de sus convicciones más firmes: jugar en defensa del espectáculo, mantener un esquema ofensivo y sostener una movilidad permanente. En el registro que trascendió de su charla técnica de la final contra Holanda, pueden observarse esos elementos armonizados y dinamizados a través de un discurso que pulsa la cuerda épico-motivacional de los aprestos para una batalla.

“...respeten sus convicciones. Nuestra obligación es hacer lo imposible por darle a la gente, a nuestra gente un espectáculo inolvidable (...) Jueguen siempre. La lucha es un ingrediente más del fútbol. El que da batalla no debe olvidarse de jugar nunca (...) Que nos ganen, que

muramos con la verdad entre las manos. Ganemos, si se puede, de la misma manera." (*El Gráfico*, 27/06/1978.)

Despolitizar la pasión

Pablo Alabarces (2014) afirma que para un sociólogo de la cultura leer una ceremonia inaugural es analizar las formas en que un sector hegemónico imagina a la sociedad y los efectos que esa imaginación anhela despertar en los otros. En este plano, la ceremonia inaugural del Mundial '78 constituye un campo de autorrepresentación, cuya imagen final está atravesada por el deseo de obtener, especialmente en el extranjero, reconocimiento y respeto. Pero, también, podemos observar esos minutos de la ceremonia, colmados por las capas densas del imaginario castrense, como una expresión basada en movimientos gimnásticos individuales y articulación de figuras colectivas de la gubernamentalidad de la dictadura. Una tecnología de gobierno caracterizada por una relación tensa y de cierto extrañamiento con respecto a las articulaciones tradicionales entre cultura popular, deporte y acontecimiento. La representación de los y las jóvenes gimnastas fue la de un conjunto de cuerpos asexuados y encapsulados en rigurosos trajes blancos. Más allá de sí mismo y de las figuras que construía, el movimiento de los cuerpos y su dinámica de conjunto mostraba la coordinación de un organicismo autoritario orquestado por el sonido de los silbatos. Los atributos simbólicos que transmitió el ensamble fueron jerarquía, orden, disciplina, higiene, lazos orgánicos, desexualización, neutralidad, equilibrio, coordinación, acople y disolución del individuo en el conjunto.

Este ritual impactó en los espectadores, quienes muchos años después continúan rememorándolo como un momento importante del torneo. A pesar del paso de las delegaciones extranjeras y de las banderas, las señas de multiplicidad y diferencia fueron casi suprimidas, la homogeneidad era transmitida por la corporalidad dócil y las figuras despolitizadas. El alcance de esta performance fue reforzado por la prensa. La teatralización gimnástica fue valorada del mismo modo que la construcción de infraestructura para el campeonato: "...los argentinos pueden ser ordenados y disciplinados, cuando reciben y acatan órdenes. He aquí una muestra incontrovertible: la ceremonia inaugural del Mundial 78." (*Los Andes*, Mendoza, 2/05/1978).

Estas imágenes y fórmulas narrativas contrastan con los festejos que otros argentinos, menos regidos por el son de los silbatos y más proclives al ritmo de las bocinas, los cánticos y los bombos, performaron en las calles de Rosario luego de las victorias ante Polonia y Perú. Ambos festejos canalizaron el crescendo de un entusiasmo popular que

estalló luego de la final contra Holanda. En esos días, las calles solo aparecieron rigurosamente ordenadas y vigiladas en los momentos previos a los partidos. Esa sensación de ciudad abandonada, de urbanización desolada, de poblado fantasma fue registrada por los periódicos con idénticas cuotas de sorpresa y fascinación.

“A la mañana fue una ciudad a todo ritmo de día de fiesta, de fiesta distinta casi inesperada. Como un día de asueto, de esos en que todos están de acuerdo y se miran como sabiendo que están compartiendo algo muy profundo (...) Después llegó el atardecer y la ciudad de repente, quedó vacía. Se hicieron dueños de las sus calles *los solitarios indiferentes, los que trabajan, alguna pareja de enamorados* (...) En los bares, frente a los televisores encendidos, nadie tomaba nada, nadie quería otra cosa que mirar, mirar y mirar. Y el partido le ofreció todo, como para que nadie se olvidara de lo vivido. Cuando terminó el partido o un poco antes, la ciudad entera se pobló de bocinas, autos, gente que iba y venía, de miles y miles de banderas azul y blanco. Hubo una explosión de optimismo. Ocurrió entonces lo que se sabe pero que se necesita comprobar, vivir para saber: la alegría, si nace desde adentro, y es la misma alegría de los demás, no puede ser alcanzada con palabras. *Es como el amor, como el olor de la fruta, como el sabor del vino. Pero esa experiencia única, poco común, y de esas que reconfortan el corazón. Como el mejor remedio para toda melancolía. Ayer lo vimos así. Ahora nos queda vivir –pero con mayor fuerza– las otras esperanzas. Y merecemos alcanzarlas. Porque son nuestras, porque son de todos.*” (La Capital, Rosario, 15/06/1978)

La tensa calma que dominaba las calles en las horas previas y durante el partido, de la que solo estaban excluidos los solitarios, los indiferentes, los trabajadores y los amantes, era desarticulada tras la finalización del cotejo. Entonces, una marea humana copaba las arterias principales de los centros urbanos. Sin concierto, disciplina ni regularidad esa multiplicidad se movilizaba en perfecto desorden, ocupando los lugares diseñados para la circulación. Autos, peatones, hombres, mujeres, niños y niñas portaban banderas, cornetas, bombos, se vestían con los colores de la selección y producían un gran alboroto. En esas movilizaciones espontáneas y carnavalescas, en esos paseos al son de los cánticos de un “dale campeón, dale campeón, dale campeón”, que emulaban de modo algo más despolitizado el ritmo de la marcha peronista, podía observarse una euforia masiva. La misma que contrastaba con aquellos movimientos planificados y mecánicos de la ceremonia inaugural y con las prácticas de control y vigilancia militar-policial-civil a las que estaban sometidas las trayectorias urbanas cotidianas. Había un abismo entre el ensamble coordinado del comienzo, los movimientos vigilados de las calles y las multitudes fragmentadas, bulliciosas y delirantes de la final. En esa brecha prosperaban las fuerzas y las potencias de la multitud: relativa espontaneidad, libertad

de movilidad y capacidad de autoorganización. El repertorio de esas manifestaciones de la final estaba fijado por un código futbolístico y no por las fantasías autoritarias castrenses de la inauguración.

En esos festejos populares y masivos, que se desplegaron sobre los puntos neurálgicos de los núcleos urbanos de la Argentina, la calle emergió como un espacio copado por formas de autoorganización y espontaneidad apasionadas. Como muy pocas veces en la historia de la dictadura, la calle y la ciudad aparecieron como un punto de fuga frente a un orden rígido, autoritario y excluyente. Pero ese territorio de expansión debía mantenerse como una singularidad perimetrada, un aflojamiento del orden, pero en una relación de dependencia distanciada con las fuerzas que delimitaban el carácter no reproducible de sus condiciones de posibilidad. Una celebración cuyo símbolo aglutinante era la selección de fútbol, los colores de la bandera y la nación. La calle, como espacio de excepción a las prácticas autoritarias de la dictadura, fue alejada de sus potencias para articular formas de resistencia e insumisión. Los medios de comunicación –en los que destacan la editorial Atlántida, *Clarín* y *La Nación*– y las voces ventrilocuadas por la dictadura intentaron fijar un sentido homogéneo para esa performance, donde la multiplicidad no pudo ser del todo aniquilada por el *nosotros* y el *todos* de la inclusión autoritaria. No obstante, para evitar los desbordes, el teatro callejero del festejo y la parodia carnavalesca fueron absorbidos a través de las técnicas antropofágicas del aparato institucional y simbólico de la dictadura. Así lo retrató el discurso escenificado por historiador Félix Luna, sobre un balcón de algún edificio porteño con la baranda decorada por una bandera argentina y con papelitos precipitándose alrededor de su figura. Se trata de una de los últimos cuadros de *La Fiesta de Todos*, la película dirigida por Sergio Renán (1979) para reforzar el sentido oficial del Mundial '78.

“Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes. Es lo más parecido que he visto a un pueblo maduro, realizado. Vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país sin que la alegría de unos signifique la tristeza de otros. Esta fue nuestra fiesta, nuestra mejor fiesta porque fue la fiesta de todos. Quién de nosotros no se abrazó con un desconocido, quién de nosotros no saltó con fervor, quién de nosotros no sintió que esta alegría era la alegría que siempre habíamos soñado y que ahora podíamos empezar de nuevo y de otra manera. Más profunda y más hermosa. Quién de nosotros no gritó con toda el alma, con todo el corazón. Este grito.”
La multitud grita en el estadio de River y en las adyacencias del obelisco ¡Argentina!”

Conclusiones

En este artículo, procuré presentar tres problemas que considero nodales para la comprensión del Mundial de Fútbol Argentina 1978. El primero estuvo referido a las condiciones de posibilidad infraestructurales del evento, en la situación de excepción que delimitó la última dictadura militar argentina. Luego, mostré los efectos de convergencia que existieron entre las tecnologías del gobierno militar y futbolístico. Señalé los acoplamientos de los dispositivos de gerenciamiento macro de la economía, la sociedad y la política con los de administración micro del entrenamiento futbolístico. Finalmente, intenté montar y contrastar el desarrollo paradójico de unos movimientos y unas corporalidades estrictamente reguladas en la ceremonia inaugural y unos cuerpos-movimientos apenas encausados durante los festejos callejeros de los simpatizantes, lo que siguiendo a Csordas (1990) podría definirse como una cultura materializada, incardinada y expresada por corporalidades performáticas ritualizadas (Turner 1969) y Butler (1989).

En la construcción de la infraestructura, la dictadura ansió mostrarse como la continuación autoritaria y, por eso mismo eficaz, del desarrollismo de los años 1960s. Tanto la producción de una infraestructura físico-urbana como de otra físico-comunicacional estuvieron empeñadas en la construcción e irradiación de una imagen de la Argentina como país moderno, con un desarrollo que se desplegaba sin disensos ni debates. Esto también incluyó la erradicación de otras infraestructuras menos familiarizadas con las “modernidades occidentales”, como las villas miserias y los monumentos proyectados por el peronismo. Por momentos, el gobierno dictatorial fantaseaba con que ese desarrollo no solo promovería el advenimiento de una modernización a la europea, sino que aportaría un disciplinamiento social y político. Combinada con la feroz represión, la modernización dictatorial operaba como la aplicación de un lenitivo contra las pasiones, los sueños y las utopías políticas que recorren el período previo de la historia argentina.

Las macropolíticas conducidas por Martínez de Hoz, el equipo económico y el control militar hallaron un correlato micropolítico en las tecnologías de gobierno que Menotti desplegó a lo largo del llamado “proceso” sobre el plantel de la Selección Nacional de Fútbol. Para Menotti, habría una esencia nacional del fútbol argentino, pero que debía ser subsumida en un orden y un sistema de juego moderno y europeo. Si la industria nacional necesitaba exponerse a la prueba de fuego de la apertura de las importaciones, para discernir qué había en ella de *verdadero* y de *artificial*, el estilo futbolístico

nacional debería superar su combinación con las claves de un entrenamiento moderno, es decir, europeo. Esta nueva “filosofía futbolística”, al igual que el desarrollo y la modernización económica, requería disciplina, preparación física, coordinación sistemática, trabajo sacrificado y ajuste de los jugadores para el desarrollo de un nuevo juego colectivo, basado en la velocidad, la movilidad y la funcionalidad.

Aunque el juego del equipo de Menotti nunca alcanzó su despliegue retórico, los simpatizantes comenzaron a entusiasmarse. Los hinchas en las calles festejaron a la selección y, probablemente, en segundo plano, a la nación. Ubicados en los medios hegemónicos, los productores de sentido adictos al régimen quisieron ver en esos festejos una forma de apoyo al gobierno. Los simpatizantes también llenaron con su algarabía el vacío dejado por el juego gris del equipo nacional. Asimismo, compusieron ciertas estrategias apasionadas para ocupar espacios disciplinariamente dispuestos por la gubernamentalidad militar desde la aparición de los gimnastas en la ceremonia inaugural. Las potencias que las masas desplegaron sobre las calles céntricas de las mayores ciudades argentinas, los intersticios que ante el orden homogéneo abrieron con su multiplicidad y la ausencia de cualquier tipo de organización y disciplina autoritarias tuvieron que ser cancelados por la dictadura. Las movilizaciones utilizaron los repertorios de festejo inscriptos en los ciclos largos de la cultura popular nacional. Apelaron a las movilidades de gran número utilizando camiones y ómnibus y marchando a pie, establecieron un código vestimentario emparentado con el de las noches de carnaval y corporalmente se comportaron en la calle como si estuvieran en un estadio de fútbol. Al gobierno le preocuparon las hibridaciones más peligrosas, especialmente las que invocaran los contenidos de la cultura popular argentina y la cultura política peronista. Los mecanismos antropofágicos de la Junta Militar ensayaron afrontar y cancelar el potencial de una de las primeras y más importantes manifestaciones populares en las calles argentinas desde el golpe de estado de 1976. La apuesta estuvo consagrada a encausar los excedentes no futbolísticos de sentido que transportaban los festejos. Las potencias populares fueron encapsuladas y despojadas de atributos revulsivos a través de la retórica de la unanimidad nacional, el énfasis en el triunfo implícito en la rigurosa organización del certamen y la planificación sistemática y eficaz desplegada por el gobierno de la Junta Militar. Si el Ente Autárquico Mundial '78 había sido la tecnología de gobierno diseñada para encadenar la organización del evento con el proyecto de la dictadura, los medios de comunicación hegemónicos (diarios *Clarín*, *La Nación*, *El Gráfico*, Radio *Rivadavia*, etc.) aseguraron ese enlace

durante y al finalizar el campeonato en el plano simbólico. No obstante, en los festejos callejeros hubo una potencia, una energía y unas *artes de hacer* (De Certeau, 1999) que no pudieron ser por completo disciplinadas por esas tecnologías de gobierno. Durante las horas que duraron los festejos populares, la aparentemente exitosa saga de la dictadura argentina mostró hasta qué punto no alcanzaba a comprender del todo la dinámica del deseo de los sujetos populares que animaban a la nación bajo su gobierno. Entre el comienzo y el final del Mundial 78 aparece un motivo circular y de contrapunto acerca del sentido y los modos de representar a la nación. Escenificados a través de rituales de presentación y festejo, había dos modelos de nación en juego. La nación orquestada por la ceremonia inaugural era autoritaria, conformada por un ensamble de sujetos mecanizados, indiferenciados y dóciles que eran conducidos por un guión teatral externo y rígido. Por otro lado, la nación evanescente de los festejos de la final era movida al ritmo de la alegría, activada por la festividad, sin mandos ni guiones preestablecidos, diversificada, desorganizada, carnavalesca y popular.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo (2002) *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Alabarces, Pablo (2014) *Héroes, Machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*. Buenos Aires: Aguilar.
- Archetti, (2001) *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires: FCE.
- Archetti, (2004) “El mundial de fútbol de 1978 en Argentina: victoria deportiva y derrota moral”, *Memoria y civilización*, 7, 174-194.
- Arendt, Hannah *Eichmann en Jerusalem. Un estudio de la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Ballent, Anahí (2005) *Las huellas de la política: vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: UNQ.
- Blaunstein, Eduardo (2006) *Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*. Buenos Aires: Cuadernos de Causa Popular.
- Butler, Judith (2008) “¿Qué es la crítica?”, en *Producción cultural y prácticas instituyentes. Límites de la ruptura en la crítica institucional*. Madrid: Traficantes de sueños, 141-167.
- Butler, Judith (1989) “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”, en *Debate feminista*, vol. 18, 296-314.
- Castro Gómez, Santiago (2010) *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo del Hombre Editores. Bogotá.
- Csordas, Thomas “Embodiment as Paradigm for Anthropology”, *Ethos*, 18, 1, 5-47.
- Dal Masetto, Antonio (1998) *Hay unos tipos abajo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- De Certeau, Michel (1999) *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric (1992) *El deporte y el ocio en el proceso de civilización*. México DF, Fondo de Cultura Económica.

- Ferrero, Lia y Sazbón, Daniel (2007) “Argetnina ’78: La nación en juego”, en *CMLB Caravelle*, 89, 139-155.
- Foucault, Michel (2009) “Gubernamentalidad”, en Girogi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.) *Ensayos de biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Franco, Marina (2008) “Derechos humanos, política y fútbol”, *Oficios Terrestres*, 22, 27-46
- Gilbert, Abel y Vitagliano, Miguel (1998) *El Terror y la Gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial ’78*. Buenos Aires: Norma.
- Kohan, Martín (2002) *Dos Veces Junio*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Llonto, Pablo (2005). *La Vergüenza de Todos. El dedo en la llaga del Mundial ’78*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Luciani, Laura (2017) *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario: 1976-1983*. La Plata: UNLP, UNM, UNGS.
- Santángelo, Mariana (2014) “Un mundial a colores: arqueología de un predio”, en *Registros*, 10-11, 134-149.
- Sazbón, Daniel y Uliana, Santiago (2010) “No podía dejar de ir. El mundial 78 desde la perspectiva de los hinchas”, en Frydenberg, Julio y Daskal, Rodrigo (comps.) *Fútbol, historia y política*. Buenos Aires: Aurelia Rivera.
- Sobocinski Marczal, Ernesto (2016) *¿Qué otra cosa se puede festejar? Paixao e política nas narrativas sobre a copa do mundo de futebol na Argentina (1975-1978)*, Tese Doutorado em História. Universidade Federal do Paraná. Curitiba.
- Turner, Victor (1982) *From Ritual to Theater. The human seriousness to play*, Nueva York: Paj Publications.
- Tomilson, Alan y Yung, Christopher (2006) *National Identity and Global Sports Events: Culture, Politics, and Spectacle in the Olympics and the Football World Cup*. New York, State University of New York Press.

Fuentes

- El Gráfico*, Buenos Aires, 16/05/1978; 27/06/1978.
- La Capital*, Rosario, 15/06/1978; 22/7/1978.
- Los Andes*, Mendoza, 2/05/1978.
- Renán, Sergio [Hugo Sofovich y Mario Sabato guión/Adolfo Aristarain producción] (1979) *La Fiesta de Todos*. Buenos Aires: Aires Cinematográfica Argentina, 110 min.
- Cuatro Cabezas (2003) *Mundial de Fútbol Argentina 1978*.
- Christian Remoldi (2003) *Mundial 78. La historia paralela*.